

muertos vivientes (revista *Terror Fantastic*, 25, 1973), que bromea con el ingreso de un grupo de *zombis* en las filas antiimperialistas, animándose sus esqueletos gracias al discurso de un simulacro de Fidel Castro. Y es que el rostro del comandante figura entre los más frecuentados por los humoristas gráficos de todas las banderías políticas, apareciendo incluso en un tebeo infantil de cierto éxito, *El 5º centenario* (colección Super Humor, 12, 1996), de Francisco Ibáñez, que sitúa a Castro, inesperadamente, en el papel de jefe de una tribu de caribes.

En líneas generales, el grupo guerrillero es construido como una comparsa de máscaras. Combatientes tan estilizados como los de *Esa es mi revolución* (revista *Cimoc*, 68, 1986), de Segura y González, nos hablan de una fijación precisa del modelo. Típico ejemplo de tal figura es asimismo la que encontramos en la serie *Frank Cappa* (revista *Cimoc*, 3 y ss., 1981), creada por Manfred Sommer a partir de semejante apriorismo.

Enfoques de la argentinidad

Considerando las relaciones entre el cómic español e Iberoamérica, advertimos que los contactos han sido especialmente intensos con un país, Argentina, lugar de acogida para los artistas que emigran en los años 50, como Chiqui y Ramón de la Fuente, Fernando Fernández y Carlos Freixas, el hijo de don Emilio Freixas. Por otro lado, de Argentina llega regularmente a España la obra de sus historietistas, tantos que completan una lista que llega de Salinas a Fontanarrosa, pasando por creadores tan diversos como Juan Giménez, Roume, Carlos Trillo, Horacio Altuna, Muñoz y Sampayo, los dos Breccia y Robin Wood. Algunos de ellos, lanzados al exilio, se instalarán temporal o permanentemente en Madrid o Barcelona, contratados por editores locales. Estas circunstancias llevan implícita una mayor difusión de ciertas particularidades argentinas, bien es cierto que sin abandonar ese culto a la síntesis habitual en los relatos gráficos. Según se deduce de ese catálogo de figuras, ha habido y hay un número considerable de dibujantes dispuestos a construir imaginariamente el arrabal porteño, animado casi siempre por un tango inevitable y dramático. Con holgada separación en el tiempo, el asunto ha sido tratado en los años 20 por un ilustrador de genio, Penagos, que lo inmortalizó a tinta china en *La Esfera*; por su coetáneo Baldrich, autor de un encantador chiste bailado; y casi seis décadas después, por Marika, que en su *Tango* (revista *Rambla*, 5, 1982) ofrece una desgarrada versión en imágenes de «Malevaje» (1928) o, mejor dicho, de su letra, escrita por Santos Discépolo.

Cierto que es Carlos Gardel la única figura del conjunto en recibir un tratamiento original, ajeno al territorio del baile. No obstante, ni siquiera Zentner y Pellejero, responsables de una insólita historieta donde aparece el cantor, renuncian a las posibilidades de la melancolía, un matiz reiterado por quienes pretenden tipificar lo bonaerense. En su *Caribe* (revista *Cimoc*, 95-96, 1989), un Gardel desfigurado se oculta del mundo en una islita antillana. No ha muerto en el accidente de Medellín, pero las terribles heridas lo convencen de no volver a presentarse en público. Rodeado de recuerdos, echa carnes y, con la sola compañía de un mayordomo, deja pasar los días encerrado en su mansión, como un admirador más del mito que fue.

El guión de Jorge Zentner evita citar el ambiente prostibulario que de forma tan sugerente retrata *Buenos Aires, las putas y el loco* (revista *Cimoc*, 48-51, 1985), de los argentinos Barreiro y Oswal, pero comparte con este cómic la contraseña del tango, signo de reconocimiento de una identidad, la argentina, que en la historieta española cuenta con otra convención menos frecuentada, el gaucho. Si el baile conjura el arrabal, el caballista personaliza la pampa, un territorio casi ignorado en nuestras viñetas. Sólo hemos hallado gauchos en dos comics de Roume publicados en *Ilustración + Comix Internacional* (1980), y en una historieta corta de Antoni Guiral y Adolfo Usero, *La yegua baguala* (revista *Cimoc*, 113, 1990), que recurre a la relación entre un jinete y un caballo salvaje para establecer con trazo grueso el carácter fiero e indomable de lo pampeano.

En el caso del cómic político, el efecto especular del golpismo argentino ha servido a dibujantes como Kim para hacer humor a costa de personajes retrógrados, como el padre Boquerini, uno de los protagonistas de la serie *Martínez el facha*. En el volumen *Salvemos España* (edición La Cúpula, 1989) se recogen varias historietas en las que este cura de muy escasa inteligencia, huido de Argentina con la llegada de la democracia, añora el retorno de la dictadura, casi con tanto fervor como lo quiere para España su amigo y protector, el franquista Martínez.

Recordemos, para finalizar este apartado, que el fenómeno del exilio argentino, otra realidad identificadora, es la materia que comenta *Sudor sudaca* (edición La Cúpula, 1990), de los argentinos José Muñoz y Carlos Sampayo, ambos residentes en España. Refleja este cómic dos vertientes fundamentales del destierro –el desarraigo y la adaptación al nuevo medio–, pero sobre todo enfoca distintos costados de la identidad. Recurre para ello a un juego de miradas sobre la tribu argentina que enseña otras tantas formas de categorizar los rasgos nacionales. En todo caso, se trata de un relato amargo que, por su planteo, podemos relacionar con otro cómic del mismo año, *Crónicas de la pampa vasca* (edición Ikusager, 1990), uno